

INTRODUCCIÓN

Joan B. Llinares
(Universitat de València)

ESTE año Mircea Eliade hubiera llegado a ser centenario, ya que había nacido en 1907 en Bucarest. Estamos, pues, en una fecha propicia para revisar su obra, cuyo modo de incidir en nosotros ha ido cambiando con el paso del tiempo. Ahora la conocemos mejor, tenemos a nuestro alcance muchos más textos de su legado, pero también advertimos en él nuevas enseñanzas, opacidades y distancias. He aquí, a grandes rasgos y desde nuestra perspectiva personal un repaso a las últimas etapas de esa fructífera relación. Durante la década de los sesenta del siglo pasado la huella que iban dejando los escritos académicos de Eliade era bien visible en muchos campos de investigación; por ejemplo, todavía recordamos con asombro ciertas lecciones del añorado profesor Fernando Cubells, en las que la interpretación realizada por el intelectual rumano del mito del eterno retorno ayudaba a comprender no sólo el pensamiento de los grandes presocráticos, como Heráclito, sino también cuestiones cruciales de la historia de la filosofía —el amor en Platón, la ética aristotélica, el giro trascendental de Kant— y manifestaciones supremas de la cultura occidental, como la prosa y la poesía de la mística cristiana de Teresa de Ávila y Juan de la Cruz. Por entonces, en otras ramas de las ciencias y las letras (en la filología clásica, la crítica literaria, la historia del arte y de la ciencia, la arqueología, la antropología y en la denominada psicología profunda de inspiración jungiana, por no insistir en la fenomenología y la historia de las religiones, que eran su especialidad académica), los efectos del pensamiento de Eliade, expandiéndose desde París, eran evidentes: se había convertido en un interlocutor leído y respetado, sugerente e intempestivo, que discutía con Marx, Freud y Sartre.

De la presencia activa de sus obras como libros de consulta durante los años setenta y comienzos de los ochenta entre aquellos jóvenes universitarios que, además de otras cuestiones, también deseábamos entender la vida rural de nuestra infancia, la cultura de los pueblos vecinos que tanto la recordaban, o la concepción del mundo que estuvo vigente en la Edad Media y en la Antigüedad y

que perduraba, transformada, en tantas sociedades del planeta, da fe la página que a continuación traducimos, un fragmento del diario iniciático *Mentre parlem* del escritor Enric Sòria, la cual ofrece un precioso testimonio que resume con excelencia, a nuestros ojos, un aspecto impostergable del sentir de muchos miembros de su generación:

El año pasado descubrí la obra de Mircea Eliade y desde entonces no he parado de devorar libros de historia y de fenomenología de las religiones ni de pensar en ellas. Mis meditaciones no tienen un objetivo definido; sólo deseo entender la mentalidad religiosa, que en buena medida viene a ser, así lo veo ahora, entender en general la concepción antigua del mundo. Una antigüedad que, si bien se mira, aún es un presente continuo para mi abuela, con su culto a las ánimas y su completo y vívido calendario ritual. Ciertamente, la experiencia básica para poder entender siquiera algo de ese mundo, la experiencia de la vivencia religiosa, me sería absolutamente inaccesible si no recordara bastante bien la manera notablemente poderosa en que la viví en mi infancia.

Mi pueblo era entonces una comunidad rural compacta y austeramente organizada. (...) En la esfera de la educación en particular, el triunfo de la mentalidad antigua, o, si queremos hilar fino, de su representación, era completo. (...) En un pueblo, quizá porque, como espectáculo, el religioso sencillamente no tenía competencia, la sensación de vivir un tiempo sagrado, marcado por la Navidad y la Pascua, Adviento y Pentecostés, con el paréntesis profano del estío, era rotunda y persistente.

La gente, por supuesto, iba al cine en masa, los sábados los jóvenes evolucionaban en las salas de baile, algunos casos suscitaban comentarios y comenzábamos todos a veranear en la playa, saturados de una luz salvaje. Pero había, además, un mundo poderoso e invisible (...). Un universo múltiple, articulado, coherente, a veces festivo, a veces terrible, de probada incidencia sobre la sensibilidad.

Si el sueco Swedenborg veía las cohortes arcangélicas que le acompañaban en sus paseos, yo al menos intuía ángeles y demonios, a derecha e izquierda, corriendo entre las cosas, y me acercaba a lo sagrado con esa mezcla de fascinación, espanto y autosugestión devota que debe ser el amor a Dios. Sentir o imaginar esa vida escondida, intuita, que rodeaba todas las cosas y hacía que fueran misteriosas y excitantes –encantadoras, en determinado sentido de la palabra–, incluso aquéllas más aparentemente triviales, eso fue mi experiencia religiosa infantil (tal como la recuerdo: mucho más próxima, pues, a un deslumbramiento fantasioso y metódico que al catolicismo de batalla que pretendían inculcarnos), y fue muy intensa. Recordarla me permite entender que una concepción analógica del mundo (es decir, la creencia en que todas las cosas viven y se influyen mutuamente, religadas por una vasta urdimbre de vínculos no necesariamente visibles) no es, en principio, una necedad, y que detrás de los rituales de la Pascua, del paso a la pubertad en las culturas australianas, de los conjuros del Libro de los Muertos egipcio o de la Biblia en verso, no hay un simple montón de absurdos, sino un modo distinto, pero muy consecuente, de ver y de vivir el mundo.

Mi ateísmo imperturbable combina curiosamente bien con ese interés por la experiencia sacra. A fin de cuentas, quizá junto con la ciencia, la más rica, la más compleja, desarrollada y reveladora de las creaciones humanas debe ser el cosmos religioso. Quedan, claro está, en nuestro mundo grandes islotes religiosos, pero no son sino flecos de ese otro mundo en el que la religión estaba en todo. Un mundo, el mundo antiguo, el mundo del augurio, del milagro y del pánico, el mundo de la analogía, que cada vez se nos hace más extraño, casi ya inconcebible. Cada día resulta más difícil su proximidad. Incluso la devoción moderna tiene bien poco que ver con ello. Pero no hacer ese

esfuerzo de acercamiento sería condenar nuestro pasado a la ininteligibilidad; una nueva aportación, quizá decisiva, al ya inmenso desconocimiento de nosotros mismos que sufrimos. Recordar cómo intuía de niño la experiencia sagrada tal vez me permita intuir ahora este pasado, que es también el mío, el nuestro.»¹

Se comprende así que los hermosos libros de ensayos del por entonces profesor emérito de la Universidad de Chicago pudieran encontrarse en ediciones de bolsillo y supusieran una genuina aventura de descubrimientos, un oportuno elemento de formación integral, al margen de las estridentes modas académicas de aquellos años en los que se iniciaba la transición hacia la democracia española. Poco después, la década final del siglo XX significó un cambio muy notable en la consideración de la obra de Eliade, pues por fin pudo profundizarse en su oculta faceta de novelista: comenzamos a constatar que no sólo era un erudito, un gran indólogo, etnólogo y hermeneuta de los mitos, símbolos y rituales religiosos, sino también, y quizá en primer lugar, un poderoso escritor, un peculiar creador de fábulas y cuentos. Gracias al sostenido trabajo de Joaquín Garrigós, los originales rumanos de sus principales textos literarios, incluidos los de su juventud, hasta entonces apenas traducidos y cuando lo eran casi siempre, por desgracia, a partir de versiones intermedias, empezaron a publicarse en castellano a un ritmo sorprendente, de manera que de una situación anterior de carencia se pasase a la de dar incluso alguna primicia mundial. La lista de los resultados, con la colaboración de varias editoriales, es impresionante: *Maitreyi*, *La India*, *Diario íntimo de la India*, *La señorita Cristina*, *Boda en el cielo*, *Los jóvenes bárbaros*, *La noche de San Juan*, *Tiempo de un centenario*, *Diecinueve rosas*, *Relatos fantásticos*, *Diario 1945-1969*, *Diario portugués*, *Isabel y las aguas del diablo...* y sin citar los artículos, esto es, la obra periodística del comprometido intelectual de entreguerras, de la que también aparecieron algunas significativas muestras, ni otras traducciones que, lamentablemente, no partían de las fuentes originales. Este conjunto de libros —casi una biblioteca— cambiaron el panorama: Eliade adquiría de repente un renovado interés por sí mismo, sobre todo como autor excéntrico que para sus propósitos se había atrevido a cultivar la literatura fantástica después de Kafka. Ciertamente, sus narraciones constituyen un ejemplo privilegiado del problema de las relaciones entre, por un lado, la literatura y el arte, es decir, las creaciones y la retórica de un artista de la palabra en sus relatos y novelas, y la filosofía y las ciencias humanas y sociales dedicadas al estudio de la religión, por otro. A partir de esas ediciones se podía matizar la soterrada comunicación entre la labor poético-imaginativa del escritor y el innovador trabajo ensayístico y académico del profesor, ambas vertientes complementarias de este enigmático intelectual, que además también redactaba sin des-

¹ Enric Sòria, *Mentre parlem. Fragments d'un diari iniciàtic*, Edicions 62, Barcelona, 1991. El texto pertenece a una anotación del día 25 de octubre de 1979.

canso sus diarios y sus memorias, documentos autobiográficos de consulta obligada. Se iniciaba así la tarea prioritaria de leer e interpretar una obra literaria abundante, sugerente y muy ambiciosa, llena de guiños a la erudición religiología y de sueños político-culturales del exiliado que añora tradiciones y cambios en su país. Hoy día ya contamos con buenas tesis doctorales al respecto, como la de Teresa Sánchez, pero todavía estamos en plena labor, aún quedan obras por traducir; otros géneros literarios cultivados por Eliade, como el teatro, sólo muy recientemente han empezado a cobrar vida en castellano. Sin embargo, esa tarea creemos que continuará, pues su legado literario incluso ha sido capaz de inspirar en la actualidad óperas, como ha sucedido con Luís de Pablo y *La señorita Cristina*. Así pues, la imagen del escritor rumano en los últimos años se ha visto revestida de vitalidad y de una complejidad mayor.

A todo lo dicho hay que añadir un nuevo factor de enorme incidencia, pues levanta pasiones, disemina sospechas y desenmascara actitudes. Ya no se trata únicamente de la recuperación de unos textos incitantes. En el ámbito internacional, el silencioso vacío que suele acompañar a la desaparición física de un autor que ha predominado de manera casi exagerada en varios campos de estudio (atribuible en cierto modo a una saludable liberación de su enorme poder académico y de la directiva tutela que ejerció a lo largo de muchos años), en el caso de Eliade, fallecido en 1986, no se ha podido cumplir con normalidad, sino que, al contrario, se ha visto roto, y no sólo por publicaciones literarias o enciclopédicas que estaban en curso de edición. Como todos sabemos, los muros y cortinas que escindían el mapa político del continente europeo se desmoronaron poco después de su muerte, los países del este entraron en otra dinámica y cobraron actualidad. Estos factores afectaron mucho en el redescubrimiento de la obra del intelectual rumano por el peso de su «pretérito imperfecto», esto es, por haber pasado a primer plano el apasionado y hasta airado debate en torno a sus compromisos políticos antidemocráticos, sobre todo en la Rumania de los años treinta y durante la época de sus actividades diplomático-culturales en Inglaterra y Portugal, mientras sus compatriotas sufrían terribles persecuciones y desgracias, tanto en las ciudades de su país como en los frentes abiertos con motivo de la segunda guerra mundial. Incluso sus colegas y discípulos norteamericanos se han visto obligados a revisar la función que cumplió la hermenéutica del erudito rumano en el contexto del neoconservadurismo de Estados Unidos durante la guerra fría. La publicación del *Diario* de quien había sido uno de sus mejores amigos de juventud, el malogrado escritor judío Mihail Sebastian; la evasiva correspondencia que Eliade mantuvo con G. Scholem al respecto; el acceso a las hemerotecas y archivos rumanos, vetados durante décadas a los investigadores occidentales, y la paulatina edición de obras póstumas, como el *Diario portugués*, han replanteado con agudeza la cuestión del «olvido del fascismo» por parte de este «prisionero de la historia» que no escribió ningún «descargo de conciencia». Muy al contrario, Eliade confió en que habría suficientes cortinas

de humo como para que la atención continuara dirigida hacia los espacios más luminosos de su pasado, que está lleno de rasgos admirables, sin duda alguna, pero la parte tenebrosa y vacilante que también contiene sigue oscureciéndolo y proyecta negras sombras sobre la persona y la obra de quien se negó a revisitarlo. Así las cosas, percibir la resonancia política que vibra en su prosa y provoca disonancias en sus creaciones fantásticas es un ejercicio esclarecedor tanto para quienes estudian las relaciones entre la memoria y el olvido en la construcción de toda personalidad con carácter, como para los que defienden el justo y necesario ejercicio de la «memoria histórica». Este trabajo de reconocimiento y de duelo sigue siendo una tarea por cumplir, por supuesto, también en aquellos países, como el nuestro, cuyo siglo XX guarda paralelismos trágicos y dictatoriales con el que vivieron y tuvieron que soportar los rumanos. Por ello la lectura de Eliade en estas fechas del centenario de su nacimiento desata a menudo controversias irreconciliables entre nosotros, no en balde sus amigos legionarios de la Guardia de Hierro del Arcángel San Miguel participaron en nuestra guerra civil y capitalizaron con desmesura sus muertes antirrepublicanas. Para interpretar los textos de aquellos años se requiere, así pues, contar con una buena y documentada información, liberarse de sectarismos, y no perder de vista ni el contexto ni el conjunto de la obra. Por lo demás, implicarse en un imprescindible trabajo de rememoración no equivale a sumarse a discutibles celebraciones. A ello debe añadirse que todavía faltan por traducir artículos importantes de los años treinta, una de las piezas claves, tempestuosa y candente, de este disperso mosaico.

En conclusión, creemos que el hecho de que podamos disponer de tantas publicaciones bastante recientes del legado de Eliade que reclaman análisis e interpretación es motivo suficiente para que esté legitimada la invitación a leerlo y releerlo desde la problemática y las controversias actuales del siglo XXI. Eso es lo que propuso durante los últimos años un curso de doctorado que tuve el honor de coordinar, integrado en un programa que aúna la participación de varios departamentos y colegas de la Facultad de Filosofía y CCEE de la Universitat de València. A lo largo del desarrollo de dicho curso me llena de satisfacción comprobar que muchos participantes elaboraron estudios, artículos y comunicaciones para congresos, así como trabajos de investigación. Parte de esos resultados ya han sido publicados en revistas y libros de actas (como comprobará el lector que atienda a la bibliografía utilizada en la confección de los ensayos que ahora tiene entre las manos), y otra parte se presenta aquí, enriquecida por aportaciones de amigos y especialistas, como Enrique Gavilán, y con la colaboración excepcional de Joaquín Garrigós, el traductor por excelencia del escritor rumano al castellano. La ayuda de Teresa Sánchez también ha sido decisiva en la elaboración de los dos apéndices que cierran el volumen. A todos ellos les agradezco su generosidad, y siento que todavía hayan quedado fuera de este volumen algunas aportaciones valiosas, pero que habrían aumentado en exceso el número de páginas de este libro. Desearíamos que el resultado tuviera la virtud de

dibujar un nuevo rostro de un autor cuya obra aún se halla en parte en proceso de traducción y de edición, pero que sigue fascinando y alberga bastantes cuestiones cruciales como para que sigamos estudiándola y aprendiendo al hacerlo, conociéndonos así un poco mejor. No quiero acabar sin el explícito reconocimiento a los compañeros del Departamento de Metafísica y Teoría del Conocimiento y al director de esta colección, el profesor Nicolás Sánchez Durá, por hacer factible esta publicación, y además en Pre-Textos, una de las editoriales que más ha contribuido al afortunado rescate de las obras de Mircea Eliade.

Mircea Eliade,
el profesor y el escritor
CONSIDERACIONES EN EL CENTENARIO
DE SU NACIMIENTO, 1907-2007

Edición al cuidado de
Joan B. Llinares

JOAN B. LLINARES • SALVADOR CUEN-
CA • JOAN DAVID MATEU ALONSO •
CARLOS GARCÍA GARCÍA • LORENA
RIVERA LEÓN • VICENTE RAGA ROSA-
LENY • TERESA SÁNCHEZ • ENRIQUE
GAVILÁN • JOAQUÍN GARRIGÓS • MIR-
CEA ELIADE



COLECCIÓN *f*ILOSOFÍAS

ÍNDICE

Introducción	7
<i>Joan B. Llinares</i>	
La ignorancia es creadora: libertad y <i>dharma</i> en Eliade	13
<i>Salvador Cuenca</i>	
Hermenéutica y ciencias de la religión. Apuntes críticos en torno a la obra de Mircea Eliade	31
<i>Joan David Mateu Alonso</i>	
Sambô: la melancolía de Eliade	51
<i>Carlos García García</i>	
Pasión, eternidad del instante. El oscuro hechizo de la noche de San Juan engullido en el abismo del vértigo	67
<i>Lorena Rivera León</i>	
El teatro como espectáculo en el primer relato de Eliade sobre Ieronim Thanase: Lectura de <i>Uniformes de general</i>	95
<i>Joan B. Llinares</i>	
Memoria, olvido y resistencia. Lectura de <i>El viejo y el funcionario</i> de Mircea Eliade	121
<i>Vicente Raga Rosaleny</i>	
La creación de la ciudad imaginaria: Bucarest y el «eterno retorno» ...	137
<i>Teresa Sánchez</i>	
El espacio y el tiempo de la procesión. Mircea Eliade en Valladolid ...	157
<i>Enrique Gavilán</i>	
Mircea Eliade y sus traducciones	175
<i>Joaquín Garrigós</i>	

Nuevos artículos de Mircea Eliade en castellano	
– Sonata a Kreutzer	193
– Francisco Sánchez	189
Apéndices	
– Cronología de M. Eliade	199
– Bibliografía de M. Eliade	209